

La Universidad Invisible



Cada minuto que pasa los seres humanos tomamos alguna decisión. Esa decisión ocurre en un instante que no volverá jamás y que a su vez da espacio a todas las diferentes posibilidades de sucesos que pudieron hacerse visibles en ese mismo instante. Es decir, cada decisión que tomamos define la existencia de distintos eventos invisibles que pudieron ser, pero que no son y si existieran, estarían ahí, en un invisible colectivo, en el *what if*. Nuestra percepción de la realidad está enfocada tanto en las cosas que vemos, como en las que no vemos en un momento dado. La presencia de un ser querido genera una reacción emocional similar a la ausencia del mismo y para eso, para llenar el vacío, hacemos uso de la fotografía.

Una fotografía no es la captura de un momento. Es un suceso que se reproduce a sí mismo cada vez que alguien la observa, es el infinito invisible que puede o no ser conocido por el observador. Por eso los fotógrafos son a la vez cuenteros, historiadores, escritores de novelas y de épicas griegas. Esto es lo que le sucede a Robert Michel, fotógrafo del cuento de Julio Cortázar *Las Babas del Diablo*. En lo invisible de su fotografía, en lo que no fotografió, estaba envuelta toda una historia, una escena con la que se atormenta diariamente. Escena se repite para él a cada momento y genera un sinfín de relaciones entre lo que fue y lo que podría haber sido, lo que se vio y lo que no se alcanzó a ver en una imagen congelada pero a la vez con tanto movimiento como lo es una fotografía. Pero ahí está el hilo disruptor. La fotografía adquiere movimiento al ser observada, en el momento en que es percibida por una persona dentro de una realidad distinta de la suya propia (la realidad de la fotografía, en la que existe como parte de un mundo material pero nada más), lo invisible adquiere el mismo valor que lo visible, la fotografía se vuelve una historia, un evento que se puede dar de tantas formas distintas como seres humanos hay en el mundo.

Es, en definitiva, el clímax apoteósico de la interactividad entre el fotógrafo y el observador.

Esto es lo que he llamado la “universidad invisible”. Un espacio donde se encuentra lo existente con lo inexistente en un mismo momento del tiempo, muy al estilo de la Biblioteca de Babilonia de Borges, donde todo existe en un mismo instante y se ordena a sí mismo por medio del caos que engendra. Lo que quiero decir, es que la fotografía no necesita del fotógrafo para cambiar, para generar distintas emociones y ordenarse/desordenarse a sí misma cuantas veces sea necesario ya que habita dentro de esa universidad invisible de todas las cosas. Es y no es en un mismo instante de tiempo.

Lo realmente hermoso de la fotografía es que ésta no es una visión de 360 grados de un mundo real. Es, de hecho, todo lo contrario, una visión angosta de una realidad aparente que a cada momento es llenada por fragmentos infinitos de irrealidad. Dentro de una fotografía, lo invisible es igual de importante que lo visible, si no más. Lo visible está ahí, nos dice algo pero no puede ser evaluado más allá de lo que vemos. En cambio, lo invisible está siempre en constante evolución, generador de historias y mundos paralelos, es lo que le da la fuerza a la fotografía.

Cortázar siempre lo tuvo claro. En el caso de Michel, él es fotógrafo y observador a la vez, pero es su posición como observador lo que genera la invisibilidad en su fotografía. Somos nosotros, los observadores, los que le damos ese valor infinitamente ambiguo y por tanto infinitamente hermoso a una fotografía. Esta se vuelve entonces la obra de arte participativa más perfecta de todas, en cuanto a que es imposible desde su misma concepción, pensarla sin el observador.



Es estudiante de Diseño de Medios Interactivos y (extrañamente) de Mercadeo Internacional y Publicidad en la Universidad Icesi. Amante del cine, la música, los libros con páginas amarillentas y la gastronomía. Tal vez mucha gastronomía.